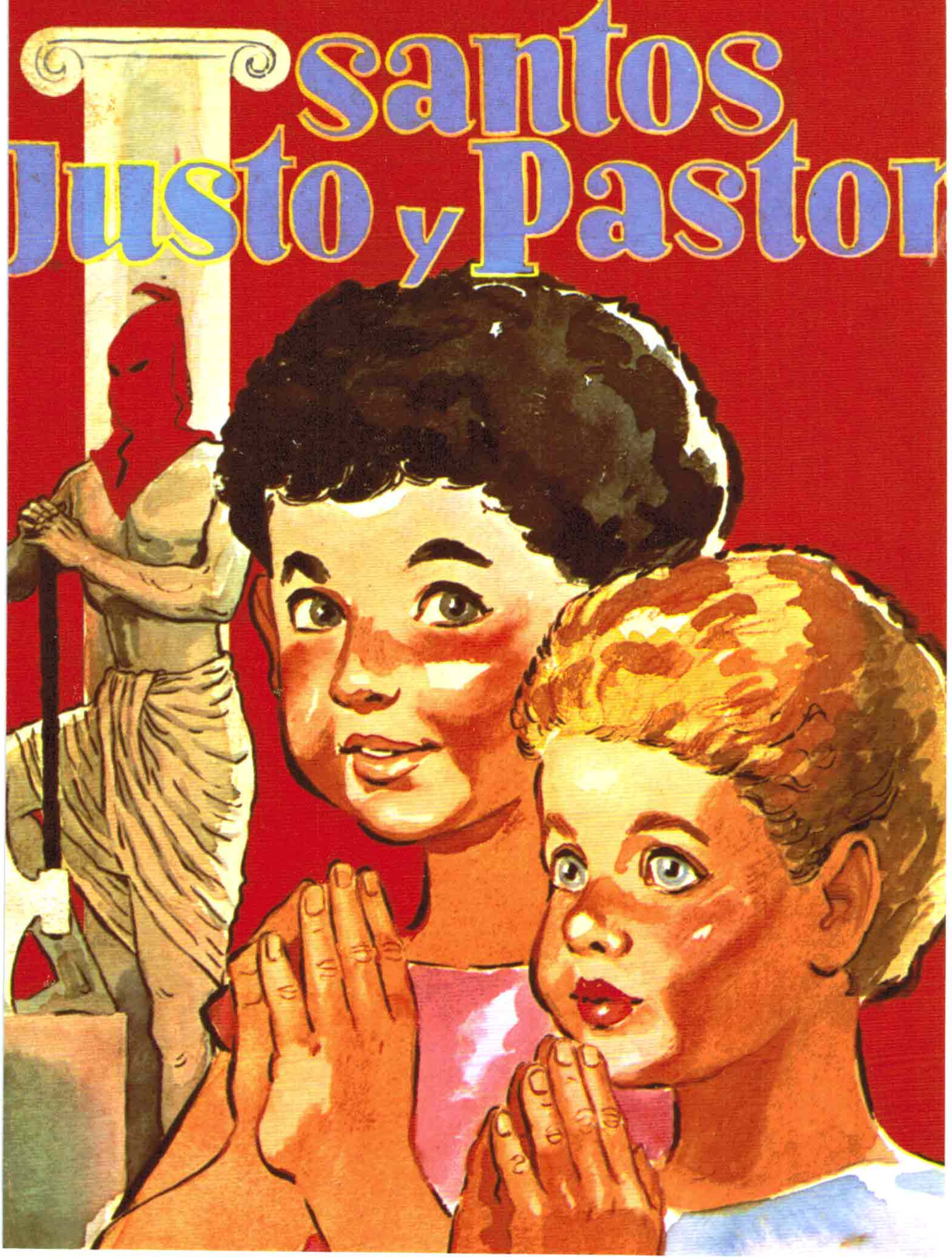

Santos
Justo y Pastor

santos Justo y Pastor

POR

Isabel Flores de Lemus

Cruz "Pro Ecclesia et Pontifice"

Ilustraciones por Félix Puente

**

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 SEVILLA
www.apostoladomariano.com

**

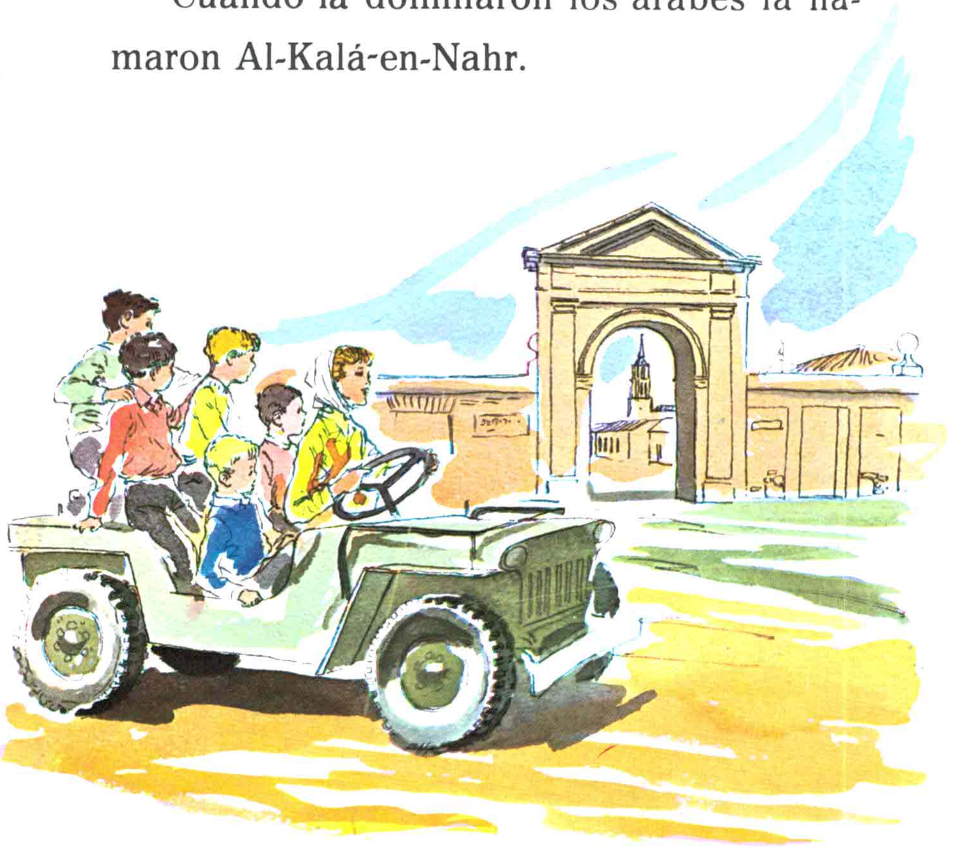
Imprímase:
† GREGORIO, Arzobispo-Obispo
de Barcelona

Nihil Obstat
El Censor,
Dr. Cipriano Montserrat, Canónigo
Prelado Doméstico de S. S.
Barcelona, 15 noviembre de 1960

Por mandato de su Excia. Rvdma.
Dr. Alejandro Pech, pbro.
Canciller-Secretario

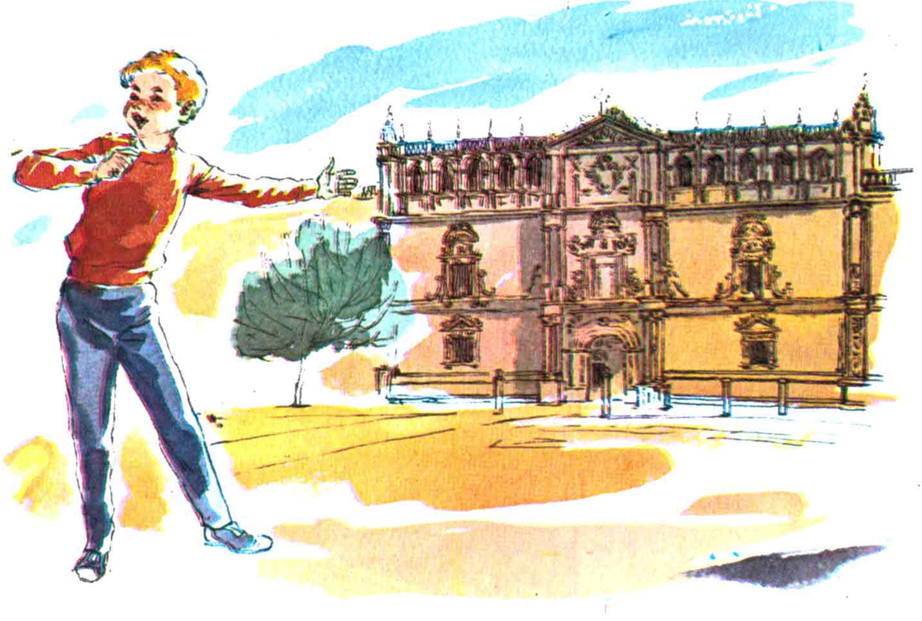
Vamos juntos a Alcalá de Henares. Está muy cerca de Madrid; sólo dista treinta kilómetros. Es muy bonita la ciudad; está edificada a orillas del río Henares y conserva un aspecto típico y señorial.

Cuando la dominaron los árabes la llamaron Al-Kalá-en-Nahr.



En el centro de la Plaza Mayor hay una estatua de Miguel de Cervantes, el ilustre escritor, gloria de las Letras españolas, que nació aquí, en Alcalá, y escribió, entre otras obras muy célebres, el famoso libro titulado: «El ingenioso hidalgo, Don Quijote de la Mancha».

Cerca, se levanta la famosa Universidad, que fundó, en 1498, el Cardenal Fray Francisco Jiménez de Cisneros, el insigne franciscano español que fue Regente de España en tiempo de los Reyes Católicos. Esta Universidad se llama complutense, porque durante la dominación romana Alcalá se llamaba Compluto.

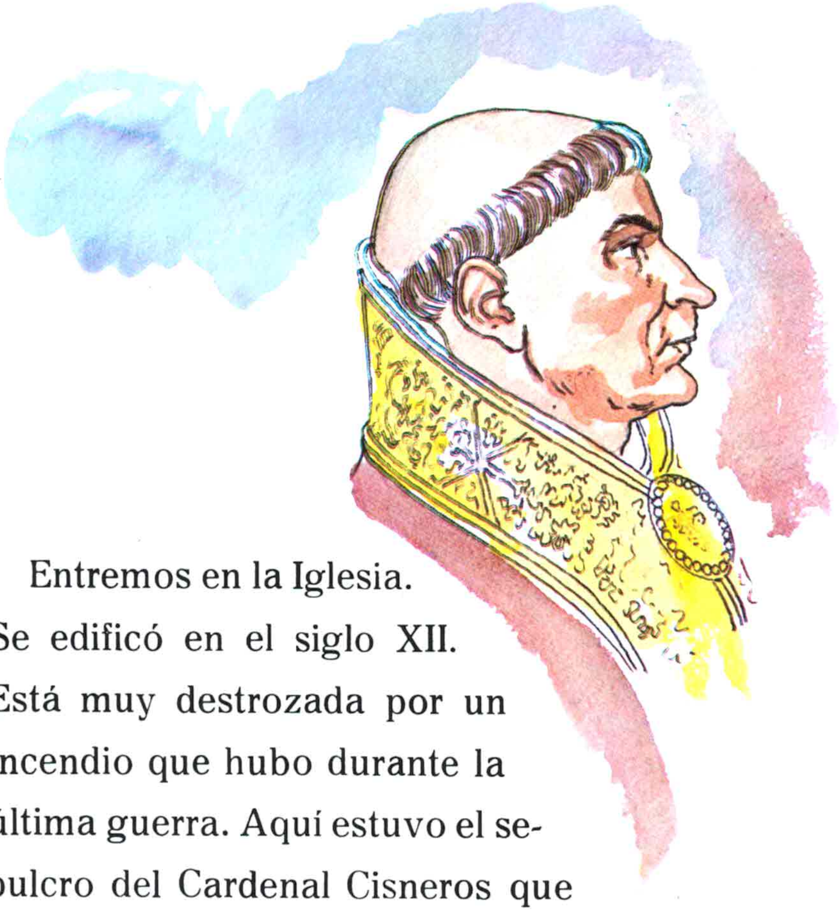


Ahora entraremos en
la « Hostería del Estudiante »
para tomar chocolate con churros
o con migas, que es muy típico y, además, está riquísimo.

Esta Hostería evoca los gloriosos días en los que en la Universidad cursaban doce mil estudiantes.

Por la calle de los Escritores llegamos a la plaza de los Santos Niños, donde se alza hermosa la Iglesia Magistral. Es la única Iglesia que tiene España con este título de «Magistral».

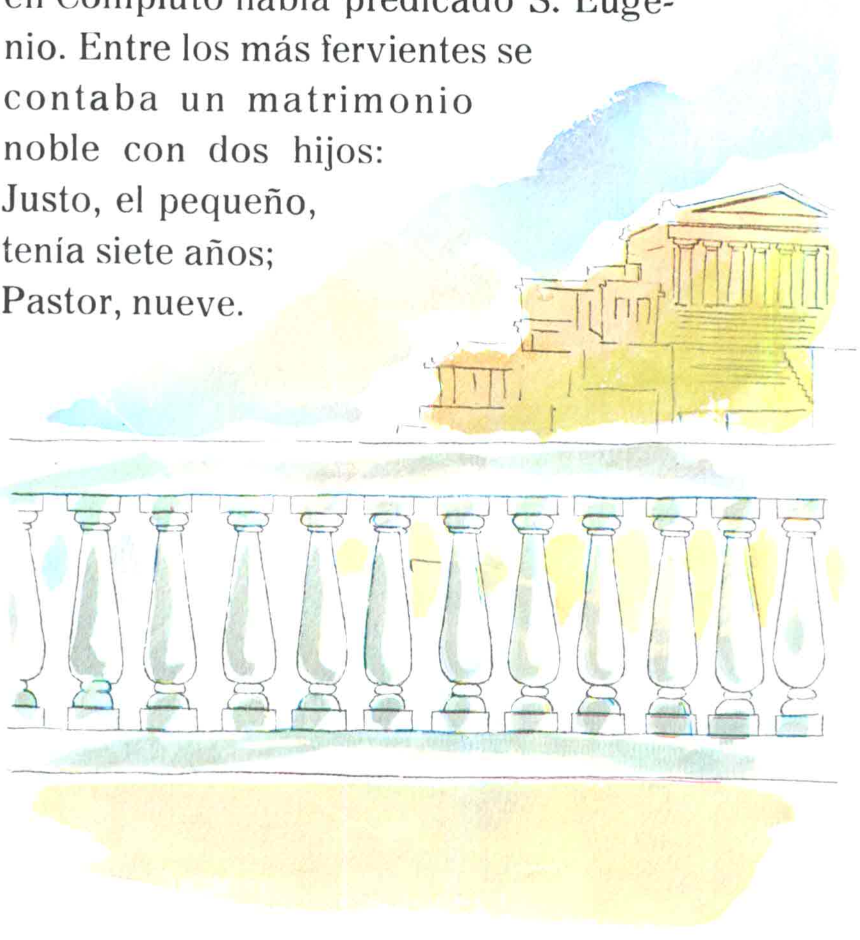
Y en el mundo sólo hay otra: la de Lovaina.



Entremos en la Iglesia.
Se edificó en el siglo XII.
Está muy destrozada por un incendio que hubo durante la última guerra. Aquí estuvo el sepulcro del Cardenal Cisneros que la reedificó en 1588. Y aquí se guarda el tesoro de las reliquias de dos niños mártires y una piedra teñida con su sangre, sobre la que fueron sacrificados.

La diócesis de Madrid-Alcalá, y Alcalá de Henares los veneran como a Patronos y esta ciudad lleva en el escudo la imagen de los Mártires. Celebra con animadas ferias la fiesta, que es el 6 de agosto. La Iglesia Magistral ocupa el lugar donde fueron martirizados. ¿Quiénes fueron y cómo se llamaron? ¿Cómo alcanzaron la palma y la corona del martirio?

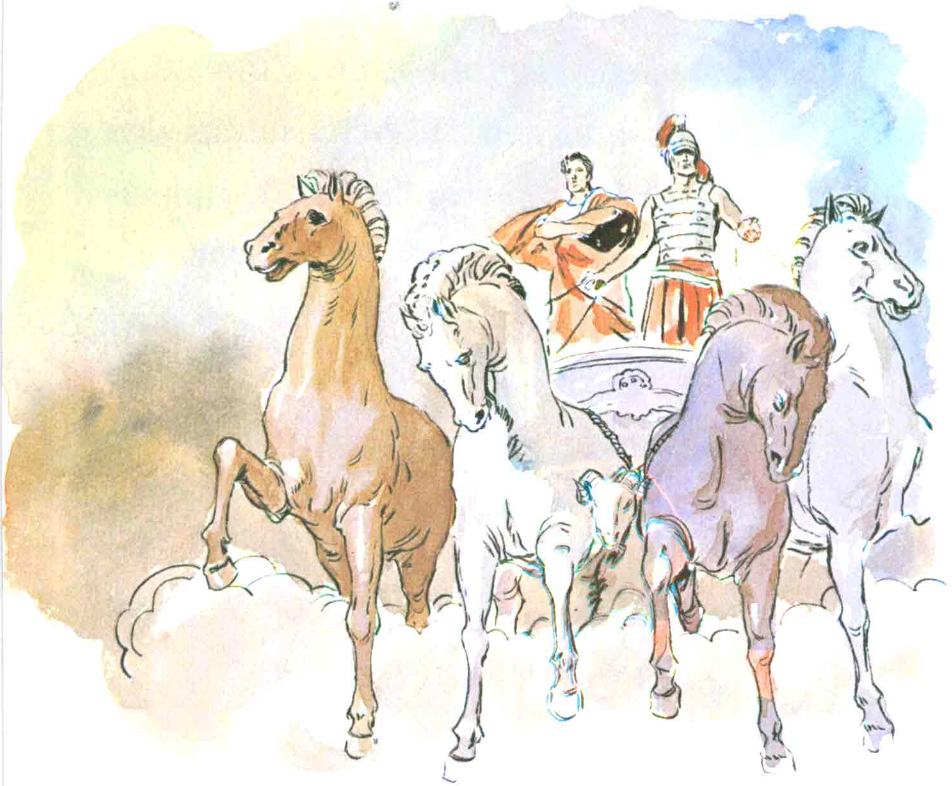
En la época romana, Compluto estaba en el camino Real que unía España con Roma. Era muy célebre e importante. Aquí estaba el cuartel de las legiones romanas del emperador Trajano. Vivían muchos cristianos, porque en Compluto había predicado S. Eugenio. Entre los más fervientes se contaba un matrimonio noble con dos hijos: Justo, el pequeño, tenía siete años; Pastor, nueve.



Son los últimos días del mes de julio del año 304. Siglo IV. Justo y Pastor han besado la la mano de su padre, y con las tablillas y el punzón, porque entonces no había ni papel ni lápices, marchan a clase, jugando y saltando, como pajarillos, hasta llegar a la escuela.

El maestro empieza la lección. Muestra a los alumnos una letra grabada a punzón sobre la tablilla y aquéllos van copiando sobre la cera, con los minúsculos estiletes, la figura presentada por el maestro.

Terminada la escritura, el maestro dice..... De repente, algo insólito pasa en clase. Todos vuelven la cabeza, asombrados. ¿Por qué? Porque Justo y Pastor sin explicación ni excusa, dejan la escuela y abandonan tablillas y punzones. ¿Qué ha dicho el maestro? ¿A dónde van Justo y Pastor?



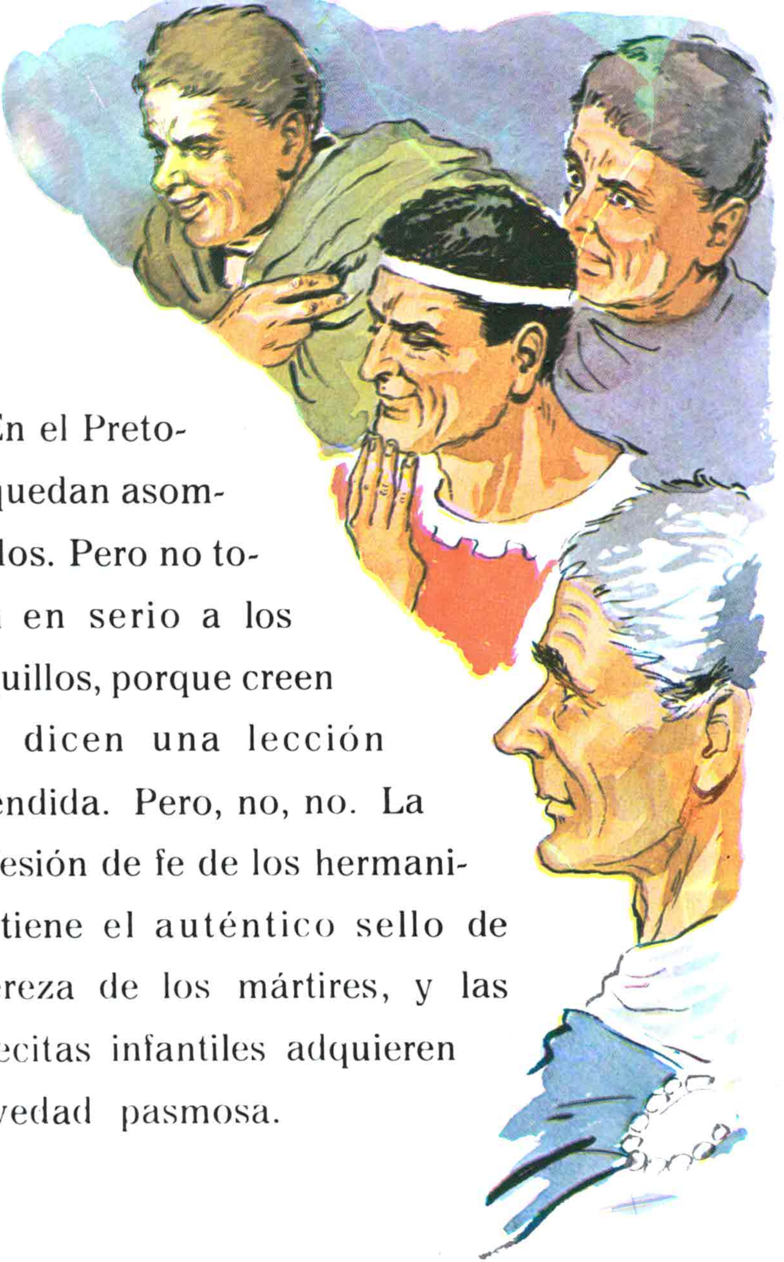
El maestro ha dicho que, procedente de Zaragoza, acaba de llegar a Compluto, Daciano, el terrible enemigo de los cristianos. Ha comentado el maestro que ya se ha hecho público el edicto u orden de persecución contra los discípulos de Cristo. No hay hogar cristiano donde no se pronuncie con pánico el nombre del monstruo.

El maestro pregunta a los alumnos si saben el por qué de la marcha de los dos hermanitos. Ellos de ordinario disciplinados y correctos, ¿por qué han hecho esto? Si les ha dado miedo, ¿por qué no decirlo?

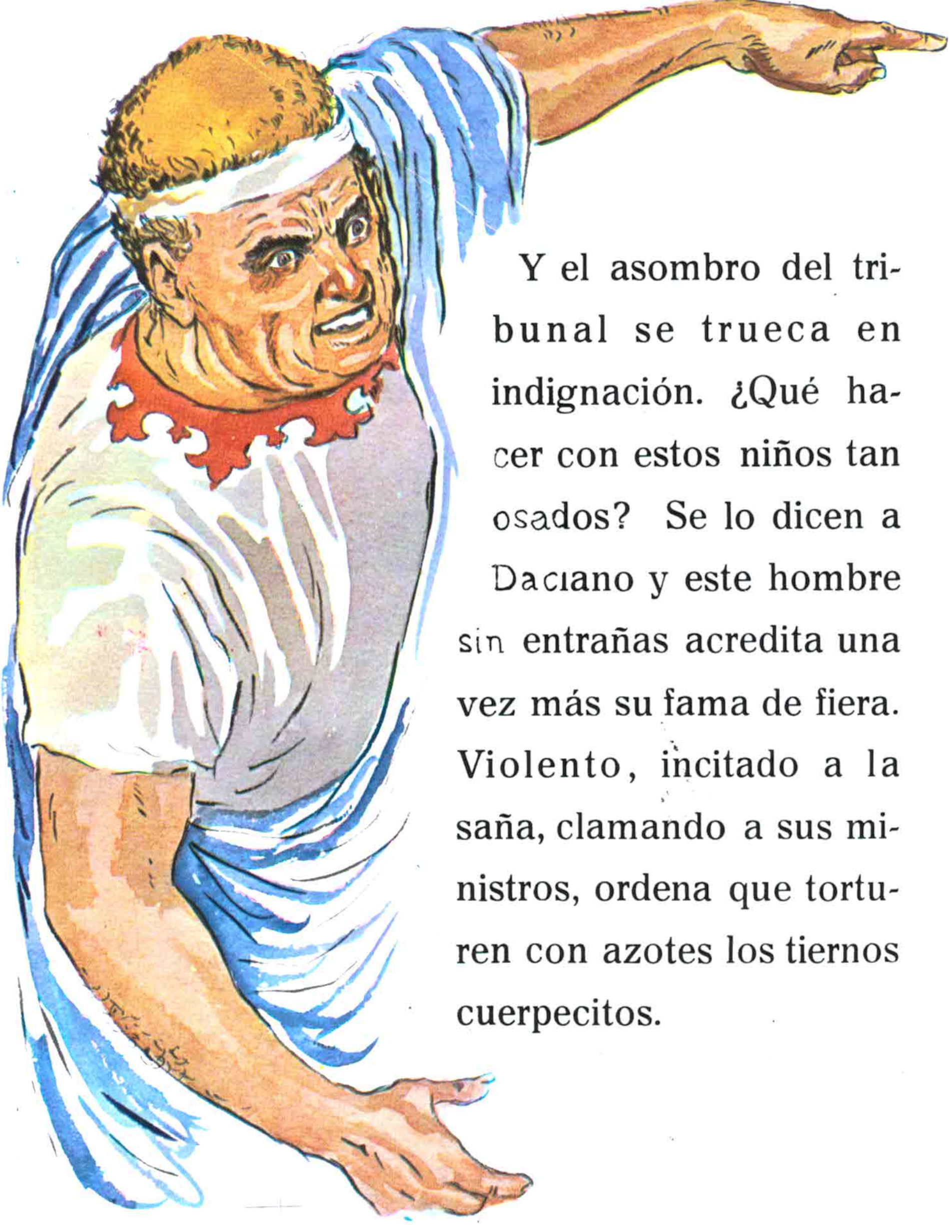
Uno de los chiquillos habla.

Expone que le ha oído decir a Justo: —Oyes, Pastor? —¿Qué, lo del edicto?, ha contestado éste. Y Justo ha continuado: —Lo del edicto, sí. ¿Quieres que vayamos a decirle al Presidente que hace mal en perseguir a Nuestro Señor?— ¿Y si nos degüellan?, había dicho Pastor. —¡Que nos degüellen, mejor!, contestó el pequeño. Y se marcharon entonces.

Han corrido los pequeños y ya están ante el Tribunal, en el Pretorio, que es el palacio donde juzgan los pretores o gobernadores romanos.— ¿Venís a buscar cristianos? Aquí nos tenéis a los dos. No conocemos vuestros ídolos que los Emperadores mandan venerar. Sólo conocemos y adoramos a Jesucristo.



En el Pretorio quedan asombrados. Pero no toman en serio a los chiquillos, porque creen que dicen una lección aprendida. Pero, no, no. La profesión de fe de los hermanitos tiene el auténtico sello de entereza de los mártires, y las vocecitas infantiles adquieren gravedad pasmosa.

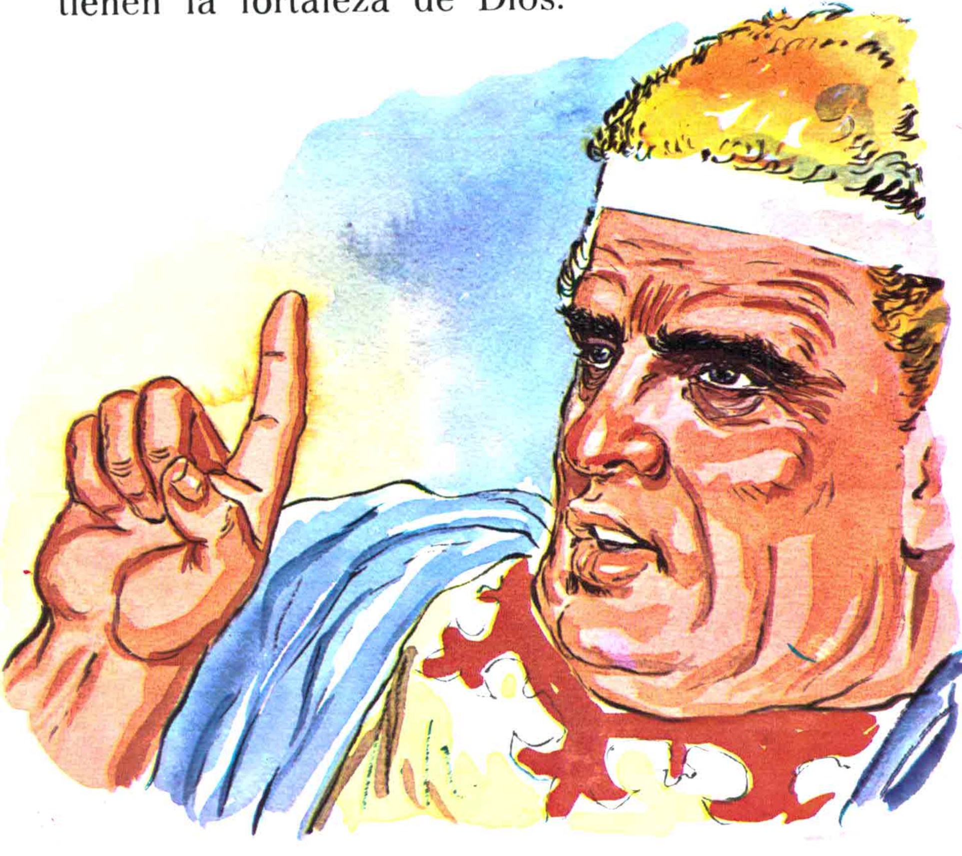


Y el asombro del tribunal se trueca en indignación. ¿Qué hacer con estos niños tan osados? Se lo dicen a Daciano y este hombre sin entrañas acredita una vez más su fama de fiera. Violento, incitado a la saña, clamando a sus ministros, ordena que torturen con azotes los tiernos cuerpecitos.

Al oir hablar de castigos y azotes, Justo, el pequeño, anima a Pastor y le dice. —No temas, hermano, esta pena temporal que nos espera, porque si quiere Dios concedernos el dar por Él la sangre y la vida, lograremos la corona de los mártires y la compañía de los ángeles.

Pastor contesta en los mismos tonos al hermanito, porque lo que ama o quiere Pastor, lo quiere también Justo; lo que a éste disgusta, también disgusta al mayor. El Tribunal escucha con asombro el diálogo de los niños y no sabe qué hacer.

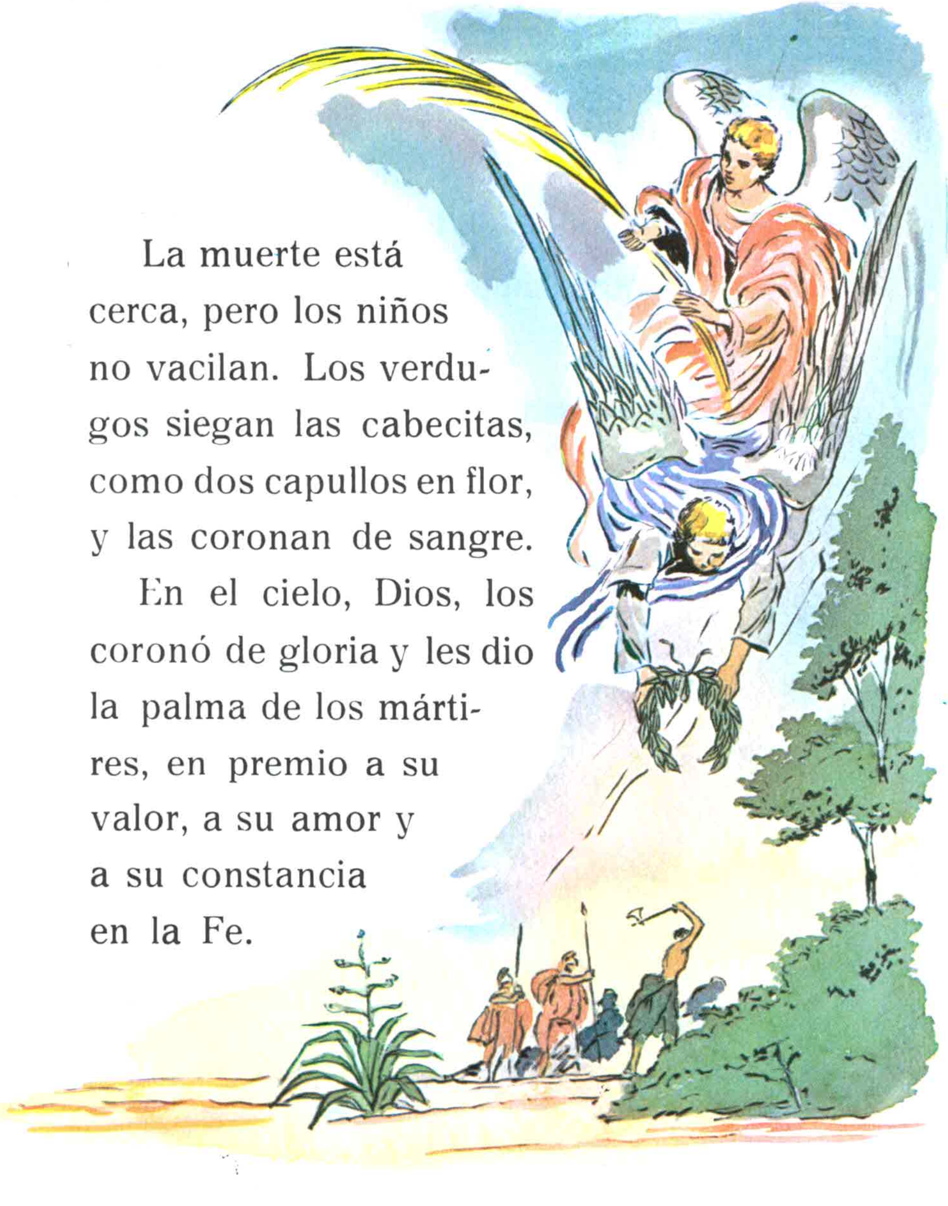
De nuevo está el Tribunal ante el Pretor o Gobernador. Los ojos de Daciano lanzan miradas de infierno. La soberbia le hace temblar. ¿Será posible que dos niños tan pequeños puedan más que él? El odio le ciega y no comprende que estos niños cristianos tienen la fortaleza de Dios.



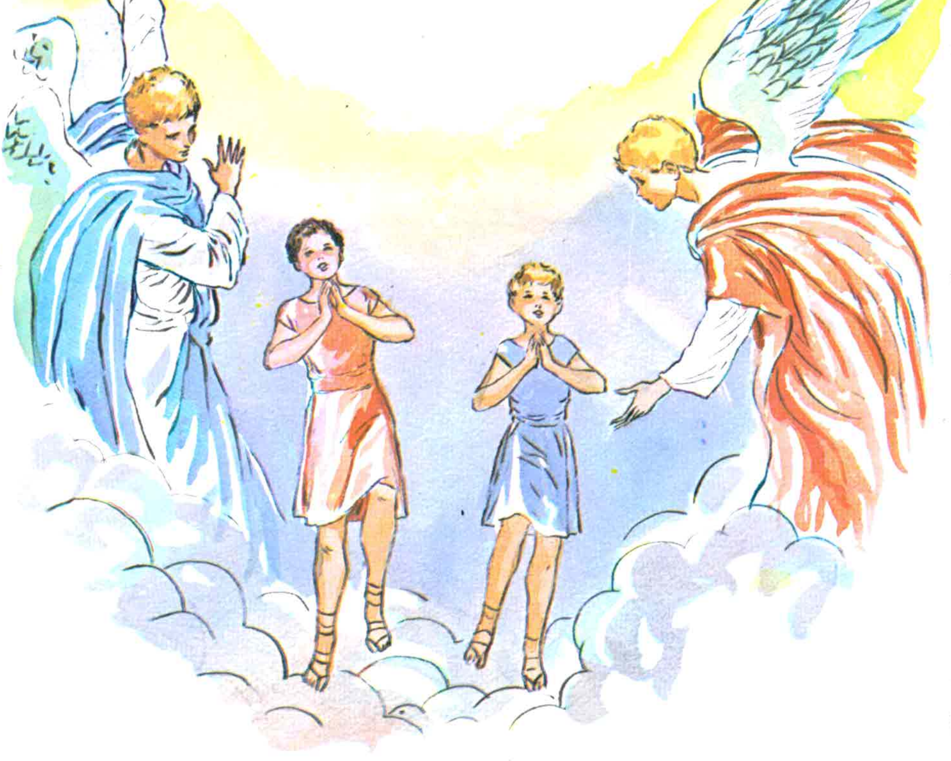
Y porque tienen generosidad, Dios los sostiene. Enfurecido Daciano, dicta la sentencia: «Que maten a los dos hermanos con muerte cruel». Rabiosos los alguaciles arrastran a los chiquillos a una milla al Este de la ciudad, hasta un campo que llaman Laudable, y que aun existe en un arrabal de Alcalá de Henares.

La muerte está cerca, pero los niños no vacilan. Los verdugos siegan las cabecitas, como dos capullos en flor, y las coronan de sangre.

En el cielo, Dios, los coronó de gloria y les dio la palma de los mártires, en premio a su valor, a su amor y a su constancia en la Fe.



Dios no pide a todos el sacrificio de la vida. Pero sí pide a todos los que, por el Bautismo, somos hijos suyos, que estudiemos nuestra Religión Santa y que practiquemos lo que el Catecismo manda. Pidamos a los Santos Niños que sostengan nuestra Fe.



CON LICENCIA ECLESIASTICA ISBN

9 788476 561324